Solitarios vuelos

Crónica hacia dentro

"Alondra"

Introducción

La mayoría de las mujeres de mi familia hemos llevado la carga de las ausencias y los fantasmas nos persiguen.

Mi abuela materna se separó del abuelo porque tenía otra mujer y nunca volvió a casarse ni se le conoció pretendiente alguno. Era una mujer muy severa consigo misma y con los demás. Pienso que hasta su muerte la soledad le mordió la carne y le amargó la vida.

A su hermana se le murió la familia en un accidente y su refugió fueron los rezos y en el cariño fraterno hasta su partida definitiva.

Mi abuela paterna también perdió a su marido y vivió con dos hermanas de mi papá: una de ellas nunca se casó y la otra enviudó. Las hijas de esta última se quedaron solteras y viven tratando a su perro como a un niño chiquito.

Mi madre y mi padre se separaron porque aparecieron otras mujeres y otros hombres. Ella trató de hacerse ligera la existencia y siempre tuvo amores pero nunca volvió a vivir en pareja. Ahora que casi cumple setenta años vive sola arañando recuerdos y en espera del cariño de sus nietos.

Yo, durante doce años viví una relación y un matrimonio feliz que se vieron truncados porque el mar me arrebató a mi esposo. La soledad me ha golpeado y al intentar otras relaciones he tenido raspones y caídas, pero me he vuelto a levantar.

Estas son algunas viñetas de mi historia...

Ansia de vuelo

Pintar a los cinco años

Hoy me fui de pinta por primera vez. Tengo cinco años, vivo en Uruapan y estoy en pre primaria en un colegio de monjas. Lo aborrezco porque rezamos a la entrada y a la salida.

Como mi mamá es dueña de una tortillería y la abre muy temprano no me acompaña, así que me voy sola a la escuela.

Al llegar esta mañana, una monja nos avisó que por una celebración religiosa no tendríamos clases y nos regresó a nuestras casas. Me puse feliz, bueno ¿quién no goza cuando no tiene clases? Ya me iba cuando encontré a mi vecina Lupita, no sabía qué hacer, pues su mamá la dejó temprano sin enterarse que nos regresaron. Le dije que podíamos irnos juntas, al fin yo me sabía bien el camino.

Platicábamos muy a gusto y cuando faltaban dos cuadras para llegar se me ocurrió la idea. ¿Por qué no íbamos al cerro de la Charanda, ese que estaba casi enfrente? A mi amiga le pareció bien y caminamos hacia él. Yo ya lo conocía porque mi papá nos llevaba muy seguido y echábamos competencias con mi hermano para ver quién subía primero. Cuando yo ganaba recibía muchos besos de mi papá.

Subimos hasta la punta. Ahí, cansadas pero felices por nuestra hazaña, sacamos nuestras tortas y sentadas nos las comimos. Después juntamos hojas que tuvieran formas distintas y las metimos en una libreta. También buscamos piedritas de colores y formas variadas. Hacía mucho calor y la cabeza nos daba

comezón por el sol cuando decidimos bajar para irnos a nuestras casas. Ya en la esquina nos despedimos y cada cual tocó en su puerta.

Me abrió mi mamá y quiero decirles que la cara que vi no me anunció nada bueno. Furiosa me preguntó dónde había estado y le dije que en la escuela. No mientas, ¿a dónde te fuiste que llegas a esta hora?

No tenía ni idea del tiempo que había transcurrido pero me mantuve firme: fui a la escuela. Entonces sacó el cinturón, jaló mi brazo y me llevó frente al espejo. ¿Crees que voy a creer que te asoleaste tanto en la escuela?

Me miré y claro, estaba rojísima de la cara, algo tenía que fallar. Pero el cinturón en sus manos era lo que más me preocupaba. Tuve que decirle que habíamos ido de día de campo.

Sentí el primer cinturonazo y guardé silencio, pero al segundo y viendo que estaba realmente enojada, solté la sopa. Le dije que estuve en el colegio, pero como nos regresaron, Lupita y yo nos fuimos al cerro. Entonces le di todos los detalles de nuestra experiencia. Le cambió la cara, parecía sorprendida.

Me llevó a la casa de mi amiga para corroborar las versiones y ahí las cosas también pintaban mal. Su mamá la fue a recoger a la escuela y ahí le informaron de la suspensión de clases. Preocupada por no encontrarla, llamó a la comandancia, a las casas de otras compañeras, al hospital, casi se volvía loca. Cuando llegó Lupita y la vio sana y salva se puso a llorar y después la castigó. Nuestras mamás hablaron y de regreso me tocó tremenda gritiza, amenazó con acusarme cuando viniera mi papá y me encerró en mi cuarto.

Al llegar mi papá, recibió todas las quejas de las travesuras y desobediencias de mi hermano y mías. "Así que te fuiste de pinta" -me dijo muy serio. Con el cinturón en la mano, a los dos nos condujo al baño. Yo temblaba. El primero fue Sergio, recibió cinco cinturonazos y lo metió a la regadera con agua fría. Cuando tocó mi turno me dio tres, dos muy leves y el tercero lo brinqué, parecía que jugaba conmigo; sonriendo, cómplice, dijo que no lo volviera a hacer y permitió que saliera del baño.

Fue la primera vez que me castigó, si es que a eso se le puede llamar castigo. Lloré y actué como si me hubiera dolido y estuve seria con él para que nos creyeran, pero ni crean que me arrepiento y pienso irme de pinta nuevamente.

La primera vez que vi las estrellas de día

Nunca pensé que esto pudiera ser así. La verdad me parece maravilloso.

Desde hace tres años vivimos con mi abuela y sus hermanos Arnulfo y Amalia.

El tío acostumbra levantarse temprano para ir por el pan y regresa a tomarse un jarro de café bien caliente, antes de su diario recorrido de tres kilómetros hasta el taller de alfarería donde trabaja. Su pasatiempo es escuchar los programas de ópera y música clásica en la radio y algunos sábados permitir que sus sobrinos lo acompañemos al trabajo, atravesando los alfalfares. Cuando llegamos nos ofrece bolas de barro con las que hacemos figuras de hombres, animales o cazuelitas, que después hornea y nos regala. Habla muy poco, pero nos quiere. En la casa, cuando termina de comer, ralla piloncillo y nos prepara unos tacos de ese dulce que son deliciosos.

Mi abuela platica poco con mi tío, pero lo respeta, en cambio se pelea mucho con su hermana y le dice que es una vieja chocha.

Mi tía Amalia es una anciana menuda, vestida de negro, con la cabellera cubierta por un velo, parece monja. Dicen que guarda luto desde que perdió en un accidente a su esposo y una hija. Muchos piensan que se cubre la cabeza porque se está quedando calva. Yo que la he visto cuando se prepara para darse un baño puedo atestiguar que sí tiene pelo y muy largo, le llega hasta los tobillos, pero ella se lo trenza y acomoda enrollado en la cabeza para después

taparlo.

Diariamente, cuando alguno de nosotros sale de la casa, ella nos envía bendiciones con la mano y si pasa un avión reza para que llegue con bien a su destino.

En las tardes me gusta ir a su cuarto, que tiene el característico olor a viejo, es muy oscuro y sólo lo iluminan las veladoras encendidas que le pone a los santos que cubren las paredes. Tiene muchas cajas en donde guarda de todo: los zapatos con los que dio sus primeros pasos el Chatito; la larga trenza de Galdina; el vestido de boda de mi mamá; las medallas de bautizo de todos los sobrinos; recortes de periódico de la película donde actuó mi tío y muchas otras cosas.

Como después de comer ya no sale porque le da calentura, yo me quedo a acompañarla y platicamos hasta que se hace noche: me cuenta de cuando era niña, historias de aparecidos o de las vírgenes:

- Mira hija, esa es la Dolorosa, a ella hay que encomendarse cuando se tienen aflicciones, yo siempre le prendo una veladora.

Por las noches rezamos y me habla de los castigos divinos si se cae en el pecado de la carne, que no entiendo bien lo que es, y me advierte de las tentaciones del demonio.

Hoy fui con mi tío al taller y me dejó un rato en el canal que riega el alfalfar. Después de mojarme los pies y jugar en el agua me acosté para mirar las formas de las nubes, en eso se acercó mi amiga Maricela, la hija del dueño del

taller. Es más grande que yo pero nos llevamos bien. Se tiró junto a mí y cada una iba diciendo lo que veía:

- Ése es un dragón furioso sacando lumbre por la boca; aquél es un perro parado de manos; ahí hay una bruja con la nariz muy grande y chueca.

- Estás loca, cómo que una bruja, ésa es una señora muy elegante y con chongo.

Después jugamos a aventarnos agua hasta que me dijo:

- Oye, ¿y si nos damos una frotadita?

Sin esperar a que yo le preguntara qué cosa era eso, se levantó el vestido, se bajó el calzón y se puso la mano entre las piernas.

- Tienes que acariciarte con suavidad con el dedo cordial. Subes, bajas y presionas más para disfrutarlo.

La imité en todo hasta sentir que me latía allá abajo. Cerré los ojos y vi las estrellas. Parecía que miles de hormigas se paseaban en todo mi cuerpo. Así quería quedarme, cuando escuchamos a su papá llamarnos y Maricela me advirtió:

- No se lo cuentes a nadie.

¿Por qué no debo contar esto, será que el diablo me está tentando? Sí, seguramente. Hoy en mis oraciones agregaré dos padrenuestros y dos avemarías, por si acaso.

La casa de mi abuela

Cómo extraño cuando vivíamos en Uruapan y también a mi papá. En nuestra casa había una linda terraza llena de flores por la que contemplaba los cerros y las calles empinadas.

No sé por qué nos vinimos a vivir con mi abuelita.

Su casa es antigua, tiene un zaguán grande de fierro, cinco cuartos cargados a la izquierda con puertas entre uno y otro para no salir al patio y al final está la cocina. El patio es muy largo, con plantas sembradas en macetas y botes de todos tamaños y colores. También hay una tupida enredadera junto a la llave del agua. En un rincón está el lavadero con una gran pileta en la que pocas veces nos dejan meternos a jugar. El baño se encuentra casi a la entrada de la casa, después del primer cuarto que es la sala, y queda muy lejos de las recámaras y de la cocina. El patio tiene piso de mosaico, siempre brilloso por la manía de mi tía de encerar o trapearlo con diesel o gasolina.

Mi abuelita vende boletos en la taquilla de un cine y sale de trabajar hasta la noche. Casi siempre está enojada, pero cuando viene de buen humor nos pide que la acompañemos a merendar: se prepara café con leche en un pocillo y calienta tortillas untadas de manteca con salsa que nos convida, son riquísimas. Después jugamos a las cartas, lotería o cualquier juego de mesa y para que sea más interesante lo hacemos de a cinco centavos.

Otras noches le pedimos nos cuente de cuando vivía en Oaxaca o las historias

de la Llorona, del Nagual, el diablo que se le apareció a su hermano con forma de un perro negro y otras que me dan miedo. Cuando nos mandan a dormir yo no quiero separarme de los demás para ir hasta el baño. Ninguno de mis hermanos me acompaña porque pueden salirnos los *aparecidos* o las ratas que viven en el drenaje y se atraviesan por el patio.

Muy temprano, cuando todavía todos duermen, lavo las sábanas y mi ropa para que no se den cuenta y mi mamá no me regañe por lo que me sucede en las noches que tengo miedo.

Los domingos en Uruapan

Extraño tanto a mis compañeras de la escuela de monjas y los paseos dominicales. Allá, al terminar la matiné, la muchacha nos llevaba al mercado, donde comíamos chirimoyas, mangos verdes con chile o las ricas changungas con sal que vendían en bolsitas de papel. Por la tarde íbamos con mi mamá al jardín y a los portales a comer antojitos. Qué delicia de olores y sabores: pozole, birria, uchepos, los buñuelos chorreando miel de piloncillo, el chorizo frito para los pambazos. Comer de todo hasta sentir que el estómago te revienta.

Escuché sin querer

Hoy preparó mi abuelita una riquísima mermelada de ciruela. Tocaron a la puerta y se fue a ver quien era, yo aproveché para limpiar la cazuela y robarme unas cucharadas de dulce. En esas estaba cuando oí pasos muy cerca de la cocina y ya no tuve tiempo de salir sin ser vista: me escondí en el cuarto de mi tía Amalia que está oscuro y no tiene puerta --sólo unas cortinas-- y escuché lo que mi abuelita le decía a mi tía Galdina. Al principio, sin entender de quien hablaba le oí decir: esta hija cualquier día me va a matar de la preocupación con tantas locuras que hace, ya vez ahora que anda con ese señor, ¿qué no piensa en los niños? Estuve mucho tiempo apretando los labios y sin moverme para que no me descubrieran. Hablaban y hablaban. Poco a poco comprendí y se me salieron las lágrimas.

Quise que fuera un sueño, más bien una pesadilla, porque lo que decían me dolía, como si me jalaran las tripas o no sé qué otras cosas por dentro.

Seguí escuchando, pero no pude más y comencé a sollozar. Ellas guardaron silencio y se asomaron al cuarto. Sin pensarlo, me eché a correr para encerrarme en el baño. Nadie me siguió, sólo alcancé a escuchar a mi tía Galdina que decía: ya la regamos.

Soy tan infeliz, quiero volver a mi casa de antes. Las odio, son unas mentirosas. Voy a deshacerle el tejido a mi abuela para que no termine a tiempo el mantel

de Galdina. Cuando venga mi mamá le pediré que me explique. Lo único que deseo es regresar con mis papás a nuestra casa.

No quiero tener un padrastro porque dicen que son muy malos.

Óyeme mamá...

Mi tía Amalia se hizo tan pequeña que no alcanzaba el tamaño de mi hermano de ocho años. No sé cómo sucedió, pero de pronto debía inclinarme para besarla. Su cuerpo se encorvaba más con el paso del tiempo y tenía las piernas torcidas por la artritis y el reumatismo. A cada paso parecía que no le responderían.

Su cara marcada con líneas de un lado a otro era un mapa y sus ojos empezaban a opacarse. Dice la gente que la nariz nunca deja de crecer y es cierto porque la tenía enorme. Su boca de tamaño regular, al sonreír dejaba ver los pocos dientes que le quedaban, grandes y muy chuecos, parecía que en cualquier momento se le desprenderían de las encías inflamadas.

Aunque su aspecto fuera como de esas brujas de los cuentos, yo la quise mucho porque era buena y nos cuidaba a mis hermanos y a mí.

Vendía calzado en abonos, el cual compraba en la zapatería de don Pancho. Lo ofrecía a sus amigos y conocidos con la facilidad de pagar en tres o cuatro semanas o quincenas, según el monto de la deuda. Recorríamos calles y más calles para cobrar en las casas. ¡Ya se imaginarán lo que nos tardábamos a su paso!

Hoy al escuchar esa canción que dice: *"Óyeme mamá, que sabroso está, este nuevo ritmo, que se llama cha-cha-chá"*, me vino a la mente aquella familia a la que le cobrábamos los domingos. Tenían una casa inmensa detrás del mercado. Criaban puercos y también eran carniceros. Atravesábamos el patio hasta un comedor donde había tres mesas muy grandes con bancas, siempre llenas de

niños, jóvenes, señores, mujeres y ancianos, todos comiendo y bebiendo. Ahí escuché muchas veces esa música y otras de la Matancera. Nunca faltaban enormes jarras con pulque. Un señor gordo y chapeado se levantaba en cuanto entrábamos y le ofrecía a mi tía: "siéntese doña Amalia, échese un taco y un pulque con nosotros". A lo que ella siempre contestaba: "no se moleste, gracias, acabamos de comer", aunque no fuera cierto, pues era muy desconfiada y nunca comía fuera de la casa.

Muchas veces había barbacoa. Se me iban los ojos a la carne, las salsas, las tortillas calientitas, el guacamole, las cebollitas, los rabanitos y el pápalo y aunque se me hiciera agua la boca debía responder "no gracias" cuando me preguntaban si quería, pues ella con la mirada me ordenaba no aceptar.

Con el tiempo perdió clientes porque ya no podía caminar. Dejó de salir a la calle. Encerrada en su cuarto la oía rezar todas las tardes. Se quejaba de dolor de estómago cuando comía y dejó de hacerlo. Cayó en cama y el doctor diagnosticó parálisis intestinal. Poco a poco se fue apagando como las veladoras de sus santos.

El próximo mes es el aniversario de su muerte y hoy, al escuchar esa canción, me vinieron estos recuerdos pues no me canso de extrañarla.

Un fin de año en familia

Sentado en la banqueta, mi primo Julio se limpia los mocos con el brazo y mira con tristeza cómo se apagan las últimas brasas. No entiende a los adultos o será que son ellos los que no comprenden a los niños. A ver ¿por qué lo castigaron hoy? Todas las fiestas familiares son aburridas porque los mayores se sirven sus copas y botanas, y no vuelven a acordarse de los chavos. Hablan de política o de dinero y cuando los chamacos empiezan a disfrutar de los juegos con los primos, deciden que ya es hora de irse a la casa y no hay poder humano que los convenza de quedarse otro ratito.

Esta reunión de fin de año pintaba para ser diferente y ¡vaya que si lo fue! El tío Ruperto propuso prender una fogata y sacar el tocadiscos a la calle. A Julio de brillaron los ojos de alegría, con lo que le gusta la lumbre. Fue de los primeros en conseguir ramas secas, palos y papeles para encenderla. Eso sí resultó divertido. Tardaron un rato pero al fin lograron que el fuego creciera y les llegara su calor. Sacaron sillas y las pusieron alrededor. Todos los chiquillos estábamos contentos, asamos salchichas y bombones. Fue entonces cuando se le ocurrió la genial idea y corrió a preguntarle a la tía Galdina si lo dejaba echar las veladoras. Sin hacerle mucho caso ella le dijo que sí y continuó platicando. Al arrojar la cuarta, mi prima Lorena se puso histérica y entró llorando a la casa.

- Mamá, Julio está quemando las veladoras que llevamos a bendecir a la iglesia.

A la tía Galdina casi le da el ataque, el tío Ruperto furioso corrió a arrebatarle

las que le quedaban, le dijo ¡escuincle insolente! y le dio un manotazo.

- Pero si yo le pregunté a mi tía y me dijo que las podía echar.

Todos los adultos discutieron entre sí:

- Lo que sucede es que tienen a sus hijos muy malcriados y son unos groseros que no respetan nada.

- Ay sí tú, se me olvidaba que ustedes son tan delicados y finos.

El tío José en broma comentó:

- No sean exagerados, sólo alcanzó a echarles a perder cuatro meses.

Pero como los papás de Lorena estaban enojados de verdad, se armó tremendo jaloneo.

Hasta ahí llegó la fiesta, la familia de Galdina se fue amenazando con no volver a poner un pie en la casa de la abuela y a Julio lo castigaron por pirómano.

- ¿Piro..qué?

La ceremonia

La casa está a oscuras. Sólo se encuentra encendida una lámpara en la sala y por el gran ventanal las cortinas semicerradas, permiten que se filtre la luz del farol callejero.

Imagino a mi madre pintándose los labios rojos, frente a su pequeño espejo, mientras escucha música de Luis Arcaraz. Quizás piense que todos dormimos, pero yo no lo haré porque deseo impedir su salida. ¿Y si voy a decirle que me duele mucho la cabeza o la panza? No, mejor no lo hago porque se pondrá furiosa y tal vez hasta me pegue por no dormir como mis hermanos. Siento que me jalan los pelos al pensar que irá a besarse con ese hombre ¿por qué lo hace? ¿por qué su cariño no lo guarda para sus hijos?

Es toda una ceremonia. Los fines de semana cuando la abuela Enriqueta se va a visitar a mis tíos hace las mismas cosas. Primero la señal: corre un poco las cortinas --de esa manera le avisa que puede verlo--, después se maquilla con cuidado, pone ese disco y espera.

Odio esa música, odio que mi abuela se vaya, la odio a ella, odio que nos deje tan solos y odio que no me quiera. Al regresar de la escuela, deseo encontrarla en la casa, comer todos juntos como una familia normal, que me pregunte y se interese por mis tareas, contarle cuando me siento mal, pero ella sólo está los fines de semana en que se levanta muy tarde y pide a gritos tranquilidad y silencio para seguir dormida.

Cuando se reúne la familia bebe mucho y casi siempre llora, son los únicos momentos en que se pone cariñosa con nosotros, pero no la soporto. Al sentir su aliento tan cerca de mi cara quisiera huir, irme muy lejos.

Ya se escucha el motor del carro, se detiene...

Viajera que vas por cielo y por mar

dejando en los corazones

latir de pasión, vibrar de emoción

y luego mil decepciones...

Mi madre apaga el tocadiscos, sigilosa abre la puerta y sale.

Siento tanta rabia que deseo alcanzarla y decirle que me doy perfecta cuenta de que se va y regresará en la madrugada, cayéndose de borracha, pero también tengo miedo

¿Y si ya no regresa?

Matar la vida mientras llega la muerte

Mi abuela Enriqueta es una mujer alta, maciza, de piel morena y rasgos indígenas. Su cabello corto, completamente cano, conserva algunos chinos de un *permanente* que se hizo meses atrás. Marcadas arrugas en la frente y debajo de los ojos dan testimonio de una vida difícil. Y la boca, de labios gruesos, casi nunca sonríe. Hoy cumple setenta años.

Con un delantal verde protege el vestido que compró para esta ocasión. Se mueve de un lado a otro en una cocina donde se aprecian grandes cazuelas de barro colgadas en todos sus muros y repisas llenas de frascos con todo tipo de especias.

Sus manos, deformadas por la artritis, pelan con dificultad almendras y ajos, después los pican con un cuchillo en una pequeña tabla. Está emocionada de reunir a toda la familia. De sus ojos manan abundantes lágrimas cuando rebana las cebollas y decide que éste será el último año que les guise ese platillo a sus hijos y nietos, porque ya está muy cansada. Con gran paciencia continúa cortando la carne, el acitrón y las aceitunas, y añade todo a la salsa roja contenida en una cazuela; agrega vinagre, sal, tomillo, mejorana, orégano, un puñado de pasas y sazona el guiso como le enseñaron en su tierra.

Asa y desvena un montón de chiles y al sentir el ardor en las manos recuerda el día que corrió de la casa al abuelo porque tenía otra mujer. Nunca lo perdonó ni intento volver a casarse. Mi abuela salió de su pueblo para no regresar. Fue

cuando vino todo ese peregrinar de un lado a otro hasta conseguir trabajo. Formó a sus hijos, los vio crecer y hacer su propia vida. Ahora vive sola.

Cuando rellena los chiles y empieza a batir los huevos para el capeado le viene el agotamiento. Siente un dolor en el pecho, suspira y toma aire hasta que se le pasa. Piensa que sólo faltan dos meses para su jubilación. Tantos años de apuro para llegar puntual a la taquilla del cine y cumplir la rutina de despachar los boletos y entretenerse tejiendo carpetas o manteles con hilo crochet, cuando hay poca gente. ¡Qué dolor de espalda!

Al freír los chiles se siente muy triste. ¿Qué hará cuando se retire, si así le sobra tiempo? ¿Cómo matará la vida mientras le llega la muerte?

Gruesas gotas de sudor le cubren la cara al terminar de guisar. Coloca la cazuela sobre la mesa de la cocina, entonces le vuelve el dolor en el costado izquierdo, esta vez más fuerte. Hace un gran esfuerzo para alcanzar la silla y se sienta a esperar: contempla el cielo por la ventana e intenta sonreír. Entonces aparece la serenidad que nunca antes se le vio en el rostro.

Dos de noviembre

La tarde es gris, un viento frío mueve con fuerza las ramas de los árboles y hace caer las hojas secas. Se acerca una pesada nube que por fin revienta, dejando caer gruesas gotas que todo lo mojan.

- Con algo de retraso por fin llegué a la cita, ¿cómo estás Enriqueta?

- Bien Margarita, aunque siento mucho frío. Tienes razón, te has tardado ¿cuántos años cumpliste?

- Muchos. Ciento tres. Espero que la soledad y los remordimientos no hicieran difícil tu estancia aquí.

- ¿Cuáles remordimientos? Yo siempre actúo de acuerdo con lo que pienso.

-Tal vez, pero en el pasado tuviste errores y debes reconocerlo, o ¿me vas a decir que siempre fuiste muy buena y no tienes de qué arrepentirte? ¿qué tal te portaste con tus nietos?

- Hice lo que pude, en cambio ¿qué me dices de ti, te preocuparon alguna vez?

- Por supuesto, pero no los tenía cerca, al menos fui muy cariñosa cuando venían de visita y siempre le pedí a Dios que los cuidara. Ellos vivían contigo, pero eras tan severa, tan agria, tan fría, tan intolerante, sobre todo con la mayor.

- Quizá tengas razón, pero tú los veías cada mes, yo tuve que mantenerlos y mira que no fue fácil alimentar cinco bocas más.

-Tiene su mérito, no lo niego, pero éste se pierde con los reproches: no dejabas de repetirles día y noche que eran unos arrimados y ya ves, no te querían

¿acaso ya se te olvidó que a la más grande no le conmovió tu muerte y no derramó una sola lágrima en tu entierro?

- Es verdad, creo que me guardaba gran rencor y hasta me odiaba, pues con ella desquitaba la rabia y el coraje que le tenía a su madre por su debilidad ante la vida.

- Claro, pero la niña no entendía, era sólo una chamaca muy solitaria y buscaba tu afecto. Acuérdate que para taparte la boca se puso a trabajar desde los catorce años. Debiste comprender, porque tanto a ti como a tu hija las carcomía una terrible soledad.

-Tenía tantas preocupaciones y problemas. Infinidad de veces me avisaron de algún accidente producido en la casa cuando se quedaban solos, pasé por muchos sustos con esos chamacos traviesos: que si a la niña la descalabró el chiquito con el martillo o el mayor se clavó una flecha en el paladar o que se quemó alguno con la plancha; la mamá no estaba y era yo, la abuela, quien corría a llevarlos al médico. Tampoco voy a negar que tenía mis buenos momentos, pues a mi regreso del trabajo ya me esperaban para compartir los juegos de mesa: lotería con frijolitos, conquián, damas chinas, perinola y hacíamos apuestas con galletas o monedas de cinco centavos ¡cómo nos divertíamos!

-Yo no pasé por esas cosas, trataba de darles mi cariño en las breves visitas que me hacían cuando tu hija y mi hijo se separaron.

- Para mí no fue fácil. Sentí invadido mi espacio porque en ese entonces coordinaba *Nosotras,* la revista de mujeres, colectaba alimentos para el asilo

de ancianos, promovía el deporte entre los jóvenes. Trabajaba demasiado y ellos me restaban tiempo para mis cosas, pero te aseguro que fueron errores de los que no fui consciente y en el fondo, aunque no me lo creas, los quería bastante. Sin embargo, creo que hasta ahora después de quince años ella me perdonó. Este dos de noviembre nuestra nieta me trajo un gran ramo de cempazúchil y en la ofrenda colocó una carpeta de hilo crochet que ella tejió, encima puso los dulces de camote con guayaba y de calabaza que le enseñé a preparar, hizo el guisado de *miltomate* que tanto me gustaba, encendió una veladora y ante mi retrato lloró arrepentida como lo hago yo en este momento.

De vuelos y caídas

La lluvia, el amor y otras cosas

En la lluvia hay dos momentos importantes de mi vida: la primera vez que hice el amor y cuando conocí al padre de mis hijos.

El primero ocurrió cuando tenía diecisiete años y mi novio veinticuatro. Nuestros encuentros tenían un límite que decidimos transgredir, por ello me propuso escaparnos para tener relaciones sexuales y acepté. Aquella tarde pasó por mí al trabajo y nos fuimos en el automóvil de su padre. Gruesas gotas comenzaron a golpear el parabrizas del carro en el momento que tomó la carretera. Aunque resuelta, estaba un poco nerviosa porque era difícil dejar atrás mis prejuicios y romper con el tabú de permanecer virgen hasta el matrimonio. Se desvió por un camino que nos condujo a un lugar lleno de árboles y vegetación abundante. Detuvo el carro y comenzamos a besarnos, sus manos tocaban mis senos o se metían debajo de mi falda. Fue quitando una a una mis prendas. Tuve vergüenza. Al desnudarse, lo miré aterrorizada, pues no podía imaginar cómo aquello entraría en mí. Introdujo su miembro con cuidado, sin embargo me lastimó. Al terminar, estaba desilusionada porque, aparte de dolor, no sentí nada. Permanecí con la vista fija en el cristal de la ventana, completamente empañado, que parecía llorar, pues le escurrían decenas de gotas.

Al padre de mis hijos lo conocí algunos años después; los dos éramos militantes del Partido Comunista .

Aquella noche nos habían invitado a participar en unos cursos en la Escuela de Cuadros. Lloviznaba y salimos de la casa de un compañero que vivía en una colonia muy pobre y sin servicios. Como era una organización clandestina todos teníamos nombres falsos y acababa de integrarme al trabajo en ese lugar, así que no conocía a la gente. Íbamos en la calle llena de charcos y lodo. De pronto sentí que alguien tomaba mi brazo para que no me resbalara. Era un muchacho más joven que yo, alto, delgado, de pelo chino muy esponjado, barba y grandes anteojos. Le agradecí la ayuda y así nos fuimos hasta llegar a la escuela.

Mientras duró la clase estuve intrigada y deseaba saber quién era él. De vez en cuando volteaba a verlo y me hacía gestos. Era juguetón y agradable. Las gotas de lluvia rebotaban en el techo de lámina y en la orilla empezó a escurrir un gran chorro de agua. Casi no oíamos lo que hablaba el profesor, pero eso ya no importaba, pues había encontrado un gran estímulo para mi trabajo partidario.

Los siguientes días lo vi poco, porque nuestras actividades eran distintas, él participaba en una célula de jóvenes y yo hacía trabajo con mujeres.

Todavía no terminaba la época de lluvias cuando nos asignaron a los dos la atención de obreros en varias colonias. Recorríamos grandes distancias y trabajábamos mucho, pero su buen sentido del humor hacían ligeras nuestras tareas. Disfrutaba su compañía.

Me gustó más conforme nos conocimos. Era muy atento, coincidíamos en

muchas cosas y nos divertíamos con sus ocurrencias. En ocasiones él pasaba su brazo por mi hombro y yo no sabía si era un gesto camaraderil o si sentía atracción por mí.

Un domingo al regresar de una reunión tuvimos que refugiarnos de un aguacero en un puesto de quesadillas. Platicábamos mientras nos atendían. De pronto nos quedamos callados, muy cerca uno del otro. Tenía miedo de equivocarme, sin embargo me atreví a besarlo en el cuello. Ese fue el principio de nuestra relación de pareja. A los dos años nos casamos y nuestro amor maduró en los diez de vivir juntos. Concebimos dos hijos y la historia hubiera tenido un final feliz si él, en unas vacaciones, no muere ahogado en el mar.

Por eso en los días nublados y lluviosos la nostalgia se mete entre mis venas y la tristeza me raspa los huesos.

La deseada maternidad

Cuando Gabriel, mi médico, me confirmó la noticia sentí que lo podía todo. Habían transcurrido muchos años intentando con diferentes tratamientos y los doctores coincidían en mi incapacidad para ovular y, por lo tanto, para concebir. Cansada de tanta medicina, recurrí a la acupuntura como última opción. Tenía tres meses de embarazo cuando me dio la agradable sorpresa.

Carlos y yo decidimos casarnos por las presiones familiares, aunque no creíamos en ese papeleo.

Quería que todo el mundo se enterara de mi estado, así que asistí a la ceremonia con ropa de maternidad, aunque mi preñez era sólo de cuatro meses.

Mi embarazo fue calificado de alto riesgo desde su inicio y tuve que guardar reposo y practicarme estudios cada mes. Me gustaba contemplar mi panza, que creció y creció hasta completar dieciséis kilos más en mi peso.

Aquel veinte de marzo nos levantamos temprano porque me tocaba revisión en el hospital. Entré a las nueve de la mañana y me quedé varias horas con cables y aparatos que mostraban en gráficas los signos vitales de mi bebé. Después de cuatro horas empezaron las contracciones, pero sin posibilidades de que se realizara el alumbramiento porque no había dilatación, lo que prolongó mi estancia en ese lugar. El médico me anunció que me harían cesárea porque la criatura empezaba a sufrir. Desde ese momento todo fue muy rápido. Me vi rodeada de enfermeras y médicos. Mientras dos mujeres me preparaban para

la operación, un doctor me preguntaba por mis antecedentes familiares y hacía mi historia clínica; otro me tomaba la presión arterial y una persona más me ponía suero. Mi corazón aceleró sus latidos, temía perder a ese pequeño ser que día a día me recordaba su presencia con leves movimientos.

En la sala de operaciones, con mucho frío, temblando y sin controlar mis dientes que castañeteaban, esperaba ansiosa, sin hacer caso al anestesista que trataba de calmarme. De pronto miré cómo introdujo una jeringa en el suero y me sumí en un túnel oscuro por largo tiempo.

Todavía adormilada miré a mi alrededor, muchas mujeres se quejaban en sus camillas, nos encontrábamos en la sala de recuperación. Me dolía mucho el vientre y las piernas, y no podía moverme, pero mi preocupación principal era saber el resultado de la operación. Se acercó una enfermera a decirme: - Madrecita, tiene usted una niña bien sana que pesó cerca de tres kilos y se encuentra bien.

La emoción no puedo describirla: me sentí completa, satisfecha, tenía deseos de gritar de felicidad. Cómo me hubiera gustado que su papá estuviera a mi lado, ¡lo habíamos logrado! las lágrimas humedecieron mi cara y me volví a dormir.

Después de algunas horas, mis pechos calientes se llenaban de un líquido turbio que en nada se parecía a la leche y la temperatura me subía. Una de las enfermeras me dijo que quizá al día siguiente llevarían a mi niña para que la alimentara, que mientras vaciara mis pechos con un artefacto raro para dar ese

líquido a los bebés prematuros.

-Aproveche dormir ahora, que cuando se la entreguen se le acabará el sueño profundo para el resto de sus días.

La conocí a través de un cristal: era un pedazo de carne hinchada y llena de pelo, pero la vi preciosa. La ansiedad me ganaba cuando me la llevaron a los dos días, aunque a los pocos minutos pedía ayuda: la veía tan frágil, lloraba sin lograr prenderse al pezón, más tarde tenía cólico y estaba muy rozada. No sabía qué hacer. Había leído tres libros sobre la crianza de bebés, cuidé a mis sobrinas, a mi hermano y no estaba preparada para atenderla. Lloré con ella hasta que me desahogué.

Más tranquila pude lavarla, cambiar sus pañales y darle el pecho. Por fin se durmió, yo la contemplaba maravillada. A las tres horas, su llanto se repitió y también el mío hasta que fuimos conociéndonos.

Ahora tiene diecinueve años y se llama Amaranta. Aprecia la lectura, disfruta la música y le fascina el cine. Es tierna y cariñosa con los seres que ama. Compartimos y disfrutamos muchas cosas y algo que nos identifica es la facilidad con que lloramos en un momento de tristeza pero también de alegría.

Lápiz y limón

Tengo la manía de retirar o guardar todos aquellos objetos con punta desde que nuestro hijo menor, se clavó un lápiz en la boca

Amaranta había cumplido seis años y estrenaba sus útiles escolares. Mi sobrino y ella dibujaban con las pinturas de colores. Por todo el piso había gran cantidad de cosas regadas.

Como todos los fines de semana Carlos y yo veíamos películas en la sala, olvidándonos de todo y de todos. Alvaro, de año y medio, gateaba en su recámara. Tomaba juguetes y los aventaba, pegando gritos de alegría cuando se estrellaban en el piso o les pegaban a los niños. Luego con grandes esfuerzos se ponía en pie, daba unos cuantos pasos hasta alcanzar la cama y cogía otro carro o muñeco para tirarlo. Estuvo así un buen rato hasta que se acercó a molestarlos y lo corrieron porque maltrataba sus dibujos y cuadernos. Necio, regresaba a quitarles las cosas. Ya no lo soportaban, entonces su hermana le dio un lápiz y una hoja para que los dejara en paz. En uno de esos movimientos torpes resbaló y se encajó la punta del lápiz dentro de la boca. Gritó y el espectáculo fue horrible: la sangre salía a borbotones. Amaranta se puso a llorar. En un instante Carlos lo tenía en sus brazos sin saber qué hacer y yo corrí a la cocina para exprimíle el jugo de un limón en la boca y detener la hemorragia. Todos estábamos muy asustados.

Dejó de sangrar pero seguía llorando. Al abrir la boca se le veía una gran bola de carne.

Una vecina se quedó con los niños y lo llevamos al doctor. Ya de regreso nos turnamos para cuidarlo, pues con cualquier movimiento se lastimaba y volvía a gritar. Fue una noche muy larga.

Al día siguiente muy temprano lo operaron en un hospital. Le quitaron la bola que al parecer se le hizo cuando el lápiz se encajó. Su recuperación fue rápida y a los pocos días ya andaba por toda la casa de latoso.

Qué bruta eres --me decían los familiares cuando platicaba del accidente-- ¿cómo se te ocurrió echarle jugo de limón en la herida? Le hiciste una curación de caballo.

Es cierto, el remedio fue brutal, pero se me ocurrió porque alguna vez le hicieron lo mismo a mi hermano cuando se clavó una flecha de madera en el paladar. Yo tenía cinco años cuando sucedió y fue uno de los muchos accidentes que ocurrieron en la casa porque todas las tardes estábamos solos.

Otro adiós

Sentada en la sala fumo el sexto cigarro de la tarde. No asistí a una comida con los compañeros de trabajo porque estoy en uno de esos días en los que nada me alegra y prefiero aislarme.

Han transcurrido dos semanas sin que Pablo venga a verme, con el pretexto de que tiene exceso de trabajo y muchos compromisos. Cada vez lo siento más distante y la relación se desmorona. Recuerdo los últimos encuentros: la frialdad de sus caricias, su comportamiento, todo indica que ha dejado de quererme y eso me pone más triste. ¿Por qué me sucede esto? Me he entregado por completo, vivo en función de la pareja y lo que logro es desamor ¿será eso lo que está mal?

Decido escribir una carta para aclarar mis ideas y se la entregaré mañana en su casa. No pasaré más tiempo en esta indefinición: si me quedo sola nuevamente, tendré que enfrentarlo con valentía y firmeza, pues las otras ocasiones que hemos terminado mi debilidad nos ha llevado a nuevos intentos que por lo visto han fracasado.

* * * * *

En su casa Pablo fuma acostado en la cama, recuerda que el día anterior cuando se dirigía a verla, de pronto se le quitaron las ganas de estar con ella y se

regresó. Busca las razones de esa actitud. Su relación fue buena en un tiempo, pero ahora... Se siente asfixiado. Ella se ha incrustado en su vida, quiere saber todo lo que hace, toma las decisiones por él: cuando van de compras le escoge la ropa, le consigue los muebles y accesorios para su casa, decide lo que le conviene comer, y así, sin que nadie se lo pida le resuelve la vida. Poco a poco lo aprieta más y más. No puede permitir que las cosas continúen así, desea sentirse libre de compromisos, no le rendirá cuentas a nadie de lo que hace o deja de hacer, así que decide escribirle para plantear la separación definitiva.

* * * * *

Apenas amanece cuando me levanto muy temprano porque ya no puedo conciliar el sueño. Con desgano me meto a bañar. He llorado mucho y tengo los párpados inflamados. Dejo que el agua resbale. Al vestirme estoy segura: la ruptura será definitiva. Me dirijo a la cocina, preparo un café y fumo el primer cigarro del día. Me muevo como sonámbula por toda la casa, recojo una cosa para dejarla en cualquier lugar; así permanezco hasta que miro el reloj y calculo que a esa hora lo encontraré.

Ya en el auto, me tiembla la mano al encender otro cigarrillo. El corazón casi me salta del pecho al llamar a su puerta.

Pablo abre y se sorprende de verme. Unas marcadas ojeras denotan su desvelo.

- Hola, ¿cómo estás?

- Bien, ¿mucho trabajo?

- Sí, bastante.

- Como no nos hemos visto hace tiempo, quise preguntarte cuando podríamos platicar...

- He dormido muy poco estos días porque debo entregar un libro y no pude ir a verte. En este momento me preparaba para salir, pero no importa, pasa y ponte cómoda.

Unas gotas de sudor humedecen su frente, me ofrece un cigarro y prende uno para él.

- Sé que mi silencio te intriga, anoche pensé mucho en ti y escribí algo porque creo que en los últimos tiempos nos hemos distanciado...

Hablamos poco, sin enojo, sin lágrimas. Al despedirnos, cada uno entregó al otro una carta y ambos supimos que no nos veríamos más.

Reencuentro

La noche es húmeda después de una intensa lluvia. Camino sin prisa librando los charcos para no mojarme y de pronto, al dar la vuelta a la calle tengo un encuentro inesperado, casi chocamos. No puedo creerlo, es Carlos, con ese optimismo que contagia. Me abraza amoroso y nos besamos. Estamos de nuevo juntos flotando en una mágica nube. Me pregunta por la familia y por los amigos, quiere saber todo lo ocurrido durante su ausencia, está ansioso de ver a los niños.

Caminamos por largo rato abrazados y platicando muchas cosas. De pronto se detiene frente a un cine donde exhíben *El Amante* y me pregunta si deseo entrar a verla. Le digo que a mí me pareció excelente, aunque el experto en películas es él.

La función comienza, yo me siento feliz a su lado y me pregunto ¿cómo he resistido tanto tiempo su ausencia? ¿cómo he podido vivir sin la seguridad que me brinda su amor? Le aprieto la mano para convencerme de que está a mi lado de nuevo. En el intermedio me dice que saldrá para regresar en un momento.

Permanezco sentada y con nostalgia recuerdo la vida a su lado y no puedo evitar las lágrimas.

Dos preguntas acuden a mi mente inquietándome: ¿qué pasará cuando salgamos del cine? ¿cómo explicarle al hombre que me espera en la casa que debe

marcharse? Él comprenderá, pues no estoy dispuesta a separarme nuevamente de quien llena mi vida con ilusiones y proyectos, quien me ofrece ternura y me ha hecho tan dichosa con su forma de amar y de entregarse. ¿Qué hacer?

Cuando oscurece la sala lo siento junto a mí de nuevo y me abraza amoroso. Recobro la calma.

* * * * *

Triste realidad. A mi lado duerme profundamente el hombre que comparte mi cama, pero no mis preocupaciones; que vive conmigo pero no me incluye en sus proyectos; que se quiere tanto a sí mismo que no le queda amor para darme. El otro se ha esfumado como el sueño y su recuerdo todavía me estremece.

Mamá:

No sé por cuántos años he postergado la escritura de esta carta, unas veces por orgullo o soberbia y otras por estar muy confundida en mis sentimientos. Pero no puedo dejar pasar más tiempo sin decirte que te quiero mucho y te respeto. Ahora que soy madre y me he quedado sola comprendo muchas cosas que durante años me atormentaron y no podía aceptar.

Alguna vez que externé mis sentimientos te hablé del desamor que empañó mi infancia y te reproché la falta de cariño, tus ausencias y el poco interés por lo que me sucedía. Fui muy dura contigo. Recuerdo cómo llorabas, mientras yo permanecía impasible. No podía consolarte porque una gran barrera me lo impedía.

Los momentos difíciles ya no podremos borrarlos. Ahora puedo entender tu angustia y desesperación al no tener con quien compartir las preocupaciones económicas y la difícil tarea de educar a los hijos, pero sobre todo entiendo tu soledad y eterna búsqueda para remediarla. Sé que sí te importaba. Ojalá lo hubiera comprendido cuando, llena de coraje y rencor intentaba boicotear tus salidas los fines de semana cuando veías a tu enamorado. Mucho tiempo me quedé esperando un acercamiento tuyo que no llegó.

La vida ha sido difícil para ambas, pero más difícil llegar al momento del arrepentimiento. La soledad en la que hemos vivido, cada una ha buscado cómo resolverla.

Viajamos separadas y aunque no lo supe tú cariño siempre me acompañó. Hoy te pido que dejemos atrás lo malo, que perdones mis reproches y mi incomprensión y no dejes de quererme porque lo necesito.

Todavía podemos recorrer juntas lo que nos resta del camino.

Te quiere

Tu hija

Delirio

Termino de preparar su plato favorito en el momento que el reloj marca las ocho. Con esmero vigilo todos los detalles en la mesa: no olvido las copas y las velas que le darán el toque romántico a esta cena. Pongo a José Antonio Méndez, me gusta tanto: *Siempre tú estás conmigo en mi tristeza, estás en mi alegría y en mi sufrir...*

En la recámara escojo el atuendo que luciré: ropa interior de encaje, medias, vestido y zapatillas, todo negro porque es más sensual; collar y aretes de perlas por su elegancia. Me baño y al terminar coloco en mi cuerpo una a una las prendas como si él me observara.

Frente al espejo me maquillo: pongo un poco de sombra café en los párpados, trazo una delgada línea negra bajo los ojos y aplico abundante rímel a las pestañas, cuido de no excederme en el rubor de las mejillas y, por último, dibujo mi boca de rojo grana.

Me cepillo el pelo y lo recojo con un broche para dejar al descubierto la nuca. Cierro los ojos e imagino su aliento muy cerca del cuello: me estremezco.

Porque en ti se encierra toda mi dicha, si no estoy contigo mi bien no sé vivir/ Es mi amor delirio de estar contigo, pero soy dichoso porque me quieres también...

Aplico unas gotas de perfume detrás de las orejas. Estoy lista. Contemplo mi arreglo cuando el timbre suena. Emocionada corro a la puerta y con desilusión

recibo a Emilio. Platico con él un rato y le entrego la traducción que hice del cuento *Los muertos* de James Joyce para la Antología que está preparando; impaciente miro la hora. Al despedirlo, me asomo a la calle con cierta zozobra. Cierro la puerta, me dirijo a la cocina, después al comedor y por último, ya en la sala me siento en un sofá, tomo un libro e intento leer sin conseguir concentrarme. Es una larga espera.

El disco se ha repetido innumerables veces. De mis ojos resbala un abundante río negro. Ya no cuido las formas y sollozo inconsolable. Todo esto es el teatro que he armado para representar la obra que quisiera. Son las tres de la mañana y sé muy bien que no vendrá. Hace mucho tiempo no lo hace porque dejó de amarme.

Juegos

Bajo la luz tenue de la lámpara se encuentran desnudos en la cama, acompañados por los suaves acordes del concierto para violín número uno de Paganini.

Serena y expectante comienzas por aspirar su olor y a soplarle con suavidad en el cuello hasta alcanzar su oreja, con dulzura muerdes el lóbulo e introduces tu lengua moviéndola de arriba a abajo. Sobre el buró hay dos copas de vino blanco, un plato con pan rebanado y un *mousse* de mejillones con perejil y cebolla. Con los dedos tomas un poco de aquella pasta tersa y le embarras el velludo pecho, para lamerlo y paladear su piel condimentada con aquel aderezo. Con avidez muerdes sus tetillas y lo sientes estremecer. Bebes un trago de vino y lo dejas caer en su vientre: el pequeño río resbala del ombligo a su bosque. Lo sorbes con lentitud. Con movimientos pausados le untas otra porción en su tallo que florece al contacto. Lames, mordisqueas y succionas, con breves pausas para tomar otro trago del transparente líquido que se funde con el jugo que emana. Cuando él jadea, te detienes y lo invitas a degustar el vino y la comida.

Tendida boca arriba, con los ojos cerrados esperas: lo sientes acercarse y saborean sus bocas. Danza de lenguas que se empujan con delicadeza. Él bebe y moja tu cuello, los pechos y el pubis para después saborear el vino en tu

cuerpo y llegar a ese higo abierto que se le ofrece. Saborea sus mieles. Los dedos de él penetran en cavidades y orificios, tocan como un gran maestro las cuerdas más sensibles para culminar en un abrazo rítmico e interminable. Con esa agradable laxitud que deja el amor se quedan muy juntos a escuchar el final del concierto.

Desde que cayó en mis manos aquel libro de erotismo y afrodisíacos imagino estas escenas y lo maravillosa que sería mi sexualidad si en cada experiencia tuviéramos estímulos para los cinco sentidos. Pero a Ernesto todo eso le parece una pérdida de tiempo y cuando le propongo algún juego me dice que estoy loca. No le gusta la música, el vino le provoca dolor de cabeza. Su romanticismo se concreta a un beso después de la fusión amorosa para luego encender la televisión en busca de los programas y noticieros deportivos.

Masajes

Llevábamos dos meses de salir juntos, dándonos tremendos "fajes" en el callejón cercano a mi casa, cuando acepté acompañarlo a los baños: "vas a ver mi reina que será una experiencia inolvidable, dijo para convencerme.

Con aplomo *El Gato* solicitó dos fichas para el vapor y la mujer que nos atendió, maliciosa me miró de reojo. Recorrimos un pasillo con varios avisos, entre los que destacaba, por burdo y mal hecho, uno que anunciaba los precios de la *boleada*, de las *pollas*, jugos, refrescos y tehuacanes preparados.

Encontramos a un hombre que le pidió las fichas y nos condujo a un pequeño cuarto, encendió la luz y se retiró.

Yo, tan joven, nunca había entrado a unos baños públicos y me sentía cohibida. *El Gato* cerró la puerta, me besó y comenzó a quitarme la ropa sin separar su cuerpo. Desnuda me colocó en un pequeño y viejo diván tapizado de rojo. Era un hombre alto y fornido. El uso de camisetas ajustadas y sin manga le permitía lucir sus musculosos brazos y el desarrollado pecho. Se notaba el trabajo en el gimnasio. Comenzó a desvestirse lentamente. Al terminar fue deslizando sus manos de manera muy suave en mi cuerpo. Casi sin tocarme, besó una vez más mi boca y volvió a las caricias. Yo trataba de apretarlo contra mi cuerpo cuando sus labios se juntaron de nuevo pero él, con un "tranquila mamacita, esto es para disfrutarlo poco a poquito", se separó y continuó el recorrido. Mis pezones endurecieron y jadeaba excitada. *El Gato* se puso de pie, me condujo a otra

parte del cuarto dividido por un cancel y abrió la llave del vapor. Sentí que me faltaba aire y me asusté, entonces él puso una toalla en la banca de concreto y pidió que me acostara boca abajo para darme un masaje. Enjabonó mi cuerpo y con movimientos firmes presionó el cuello, después la espalda, las nalgas, los brazos y las piernas.

Me abandoné a las nuevas sensaciones producidas por aquellas manos que con maestría manipulaban mi cuerpo. Me acomodó boca arriba y continuó el masaje. Sentía un enorme placer cuando presionó los senos y el vientre. De pronto, salí de mi letargo por el agua fría que *El Gato* me aventaba con las manos. Entramos a la regadera y pegada a su cuerpo disfruté el chorro helado y los besos profundos. Me colocó de pie en la banca y buscó con la lengua, entre esa selva de pelos, los gruesos labios que lo esperaban y jugó entonces con aquel pedazo de carne tibia y palpitante. Lo recorrió con lentitud al principio y acelerado después, saciando su sed con los flujos que emanaba. Me estremecía y con los ojos cerrados sentí que alcanzaba las alturas para caer al vacío. Entonces, sentado, *El Gato* me puso encima de él. Yo no deseaba otra cosa sino tenerlo dentro y cabalgarlo. Así lo hice y terminamos exhaustos. Unidos en un abrazo volvimos a la regadera.

Ya vestidos él pidió dos tehuacanes preparados que bebimos antes de abandonar el baño.

Esos encuentros se sucedieron hasta que un buen día *El Gato* desapareció. Lo esperé mucho tiempo y dejé de hacerlo cuando estuve segura de que no

regresaría.

Cuando descubrí aquel anuncio en la revista *Eroticón,* los recuerdos se hicieron más intensos y frescos. En un baño del sur de la ciudad ofrecían: *"Todo tipo de masajes proporcionados por jóvenes varoniles, atléticos y de amplio criterio".*

Me llené de nostalgia. Por eso, al encontrar el lugar, decidida bajé del auto y entré a celebrar mis cuarenta años.

Los amores

Los amores que uno tiene en la vida pueden ser pocos, pero también muchos. Mi caso es de los últimos.

Los hay desde los platónicos que entran por la mirada, como aquel que sentí por el gentil dependiente de una tienda. En mi casa no había mandadera más acomedida que yo, sólo por el placer de cruzar una sonrisa con él cuando le pagaba.

De la vista nace el amor -dicen—y me enamoré de un hombre guapísimo: delgado, alto, de barba partida, grandes ojos y una sonrisa irresistible. Era un muñeco. Claro que ese amor fue efímero porque tenía gran demanda entre las mujeres.

Tuve un novio que besaba divino y cantaba canciones románticas con voz de locutor de radio. Otro me conquistó por su forma de bailar y su gusto por la música, pero sobre todo por ese olor que desprendía cuando sudaba. Uno más hacía poemas y me llevó a conocer a muchos escritores.

También el amor entró por mi estómago, pues tuve un novio que cocinaba delicioso. Y por el tacto, ni se diga, pues uno más tocaba mi cuerpo de manera magistral, provocándome orgasmos múltiples.

A mis casi cincuenta años, he probado el amor con todos los sentidos y estoy segura que todavía pueden convencerme de intentar otros vuelos.